



Con admiración confemplo = y con placer tal ejemplo.

CHARLA INSUSTANCIAL

La palabra *división*, produciendo honda emoción entre la *Colla*, ha sonado. ¡Tan juntos como han estado para su emancipación! La suerte no les protege y con su teje maneje y su moral de camama han aumentado la escama y ya no es fácil que ceje el pueblo entero en su empeño de aniquilar al que dueño fué de la recaudación; tanta baja, en conclusión, ha hecho que se arrugue el ceño de quien pensó menos mal, creyendo justa y moral la campaña de Lladó, que al ciudadano burló y que burló al concejal.

—Ya os podéis quejar de mí —dice Lladó para sí—, vosotros á quien burlé, pues ni crédito os dejé, ni bienes os repartí. He sido un hombre fatal que quiso hacer mucho mal, y si alguno realicé no fué el que quise porque tropecé con la moral.

Y en vano el hombre se afana, sin ver que es quimera vana, en restaurar su prestigio, dividiendo en el litigio á la *Colla de la gana*. Unos le dicen: «Te ví y al final te conocí; tu influencia se concluyó.» Algunos contestan: ¡No! Pero los más dicen: ¡Sí!

Y aquella *Colla* de los sin ley ni temor de Dios que nos dió tanto disgusto, hoy la miramos (con gusto) partida por gala en dos: un grupo que se alza fiero frente al otro, que, altanero, de sus torpezas se ufana... ¡Una *Colla de la gana* y un grupo del *desespero*!

Todos gritan cual precitos, mas no re-uelsen los gritos ni se agotan con conjuros los desmanes, los apuros de los pobres angelitos.

Los insultos menudean, amenazas no escasean, y, agotado el repertorio de un léxico vejatorio, se arañan y se golpean.

¡Grandes cosas se avecinan! ¡Oleadas de odio dominan en el revuelto conjunto y no es absurdo barrunto el pensar que determinan con tan honda división horas de satisfacción para toda la ciudad, porque la moralidad triunfará á la conclusión!

¡Oh, *Colla*, que al descubierto pones con tu desacierto la ambición que te domina, la triste cabeza inclina, porque moralmente has muerto!

Aunque quieran desde arriba, en donde el cacique priva, darte poderoso apoyo, sin remedio vas al hoyo y no habrá quien te reviva. El poder se te acabó; por eso propongo yo que en suntuoso cenotafio te pongan por epitafio: «¡Murió á manos de Lladó!» Si perpetúa tu memoria en sus páginas la Historia ¡qué enseñanzas contendrá y qué bien pregona del jefe y señor la gloria! Si alguien á hacerlo se atreve propongo un bajo relieve en el que Lladó y Vallés se presente tal cual es y por qué impulso se mueve. Para darle parecido lleve por todo vestido algunas hojas de parra y por insignia una garra en vez de acero bruñido.

Viendo crecer el enredo y que va aumentando el miedo dicen que el más mequetrefe ha telegrafiado al jefe para que les cante el Credo:

«*Colla* grita dividida, témesese acabe su vida lamentable golletazo; crúzase algún estacazo, créese batalla reñida. Hubo alguna escaramuza, algún trompazo se cruza, la atmósfera se caldea, Discordia agita su tea y el monstruo dientes aguza.»

El jefe no ha contestado; se tiene por descontento que vendrá seguidamente y que hablará al presidente y todo estará arreglado. Pero corre otro rumor que tiene mucho valor por atendibles razones y es el de que Romanones es quien atiza el furor de los que en el *desespero* reniegan del marrullero que con ellos ha jugado, los ha ridiculizado, los ha puesto en candelero.

La cosa se pone buena, el emperador se apena y están en duelo y en gala: la *Colla* de enhora mala, la Moral de enhorabuena.

SOLFANELLO.



Este Lladó se las trae y en sostenerse se esfuerza; pero tiran con tal fuerza que está si cae ó no cae.



Grupo de cónsules de las naciones americanas, que asistieron á la recepción celebrada en su honor en la Casa de América.

CARTA ABIERTA

A una beata que me confiesa su pasión.

A doña Casta Eguilior,
viuda de don Juan Soplete,
pasaje de Montefior,
número trescientos siete,
interior.

Mi muy devota señora:
Su carta ayer recibí
y maldigo hasta la hora...
¿Se atreve á decirme á mí
que me adora?

Señora: Usted muy tocada
debe estar de la cabeza;
adorar yo á una chiflada
que á cada minuto reza?...
¡Nada, nada!

Me dice usted "que atesora
en su pecho un gran amor
y que por mí sufre y llora"...
¡Hágame usted más favor,
sí, señoral

"Que por mí siente locura,
que se matará al instante
si la desprecio..." Cordura
le hace falta en semejante
chifladura.

¿Cómo podría yo amar
á una devota chismosa
que en rezar y murmurar
de Juana, Ramona, Rosa
y Pilar

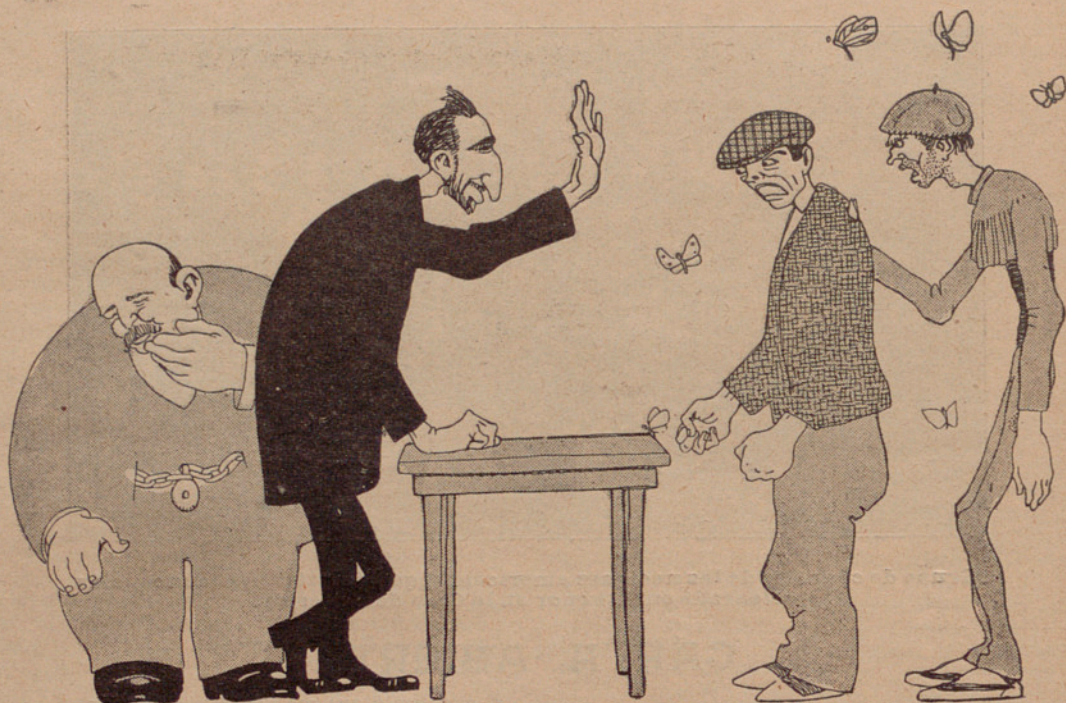
el día todo lo pasa
dentro de la catedral?...
¿Y hoy me brinda usted su casa
y su cariño formal?

¡Ay qué guasa!
Señora, yo soy sincero:
Por beatas no me crispo.
Si su amor es verdadero
¡enamórese usted al obispo,
que es soltero!

Y si su fe no es infundio,
para que calme su ardor
dirijase al Padre Abundio.
Soy su atento servidor,
FRAY GERUNDIO.



Carreras de dow-cars celebradas el domingo último del Tibidabo á Vallvidrera.



LOS QUE ESPERABAN CREDENCIALES:

—Ya no tenemos más paciencia para aguardar el pago de nuestro trabajo.
—Si, tenéis razón; pero escuchad bien lo que os digo, pues esta vez va en serio; ahora va a llegar Lerroux y armará enseguida la revolución.... luego la repartidora será juego de pocas tablas.



EL PADRE ROSELL

(Conclusión.)

Se aprobó la idea de Barés por menos difícil: la tarde que le correspondiese rezar los Ejercicios en la capilla, subiríamos al coro y, sigilosamente, dejaríamos caer sobre él la férrea águila del facistol.

Y aguardamos, plenos de impaciencia, el transcurso de la semana. Antes de decidirnos nos juramentamos de nuevo, estrechándonos las manos con solemnidad: "Pagaríamos todos ó ninguno." Ascendimos descalzos la escalera. Ya en el coro, le divisamos indecisamente sentado en el reclinatorio colocado á expreso. En las altas vidrieras policromas moría la tarde. Debajo albeaba la coronilla del condenado como un blanco difícil. Fué cuestión de varios segundos, tal vez de menos tiempo. Pusimos las manos en el facistol y realizamos un esfuerzo unánime...; ya estaba hecho. Primero, un chirrido agrio; luego, casi á la vez, un gran estrépito y un arido penetrante; luego... nada.

A la hora de la colación entró el padre Rosell ayudándose con muletas. Recogiósele sin sentido, mutilado horriblemente un pie; pero no quiso guardar cama. Al entrar, su mirada de acero clavóse en nosotros, en mí. Y no acusó á nadie. Interrogado por todos, dijo haber visto desde tiempo atrás el facistol en equilibrio dudoso. Su mano blanca y línfica revoloteó con extraña nerviosidad sobre las cosas. Al pasar tuvo para Rey una sonrisa... Y aquella noche, un poco adoloridos y un poco contentos,

cenamos, mientras la voz monorríma y cansada del lector desgranaba con lentitud episodios de la vida de Santa Teresa.

Yo era el primero de la fila; delante había algunas mujeres, y el sacerdote iba poniendo la Hostia sobre la mancha blanco-rojiza de la lengua extendida. Luego de recibir la comunión alzábanse, cruzando por delante de nosotros. En la capilla pesaba el humo de incienso hasta hacer la respiración fatigosa. La última devota ofreció al sacerdote su boca joven y yo la contemplaba estremecido, como en las tardes primaverales en que nos llegaba el hálito turbador del jardín, deseoso de no contemplarla y presa la mirada en el contorno de su silueta grácil. Cuando pasó, volví la cabeza, inconsciente, dilatando la nariz para percibir mejor aquel efluvio erótico y tibio. El oficiante llamóme la atención de modo discreto; luego me hizo merced de la Sagrada Forma.

Al día siguiente el padre Rosell narró en clase la historia de un hereje indigno de recibir el cuerpo de Jesús, pues separaba de El la vista para fijarla en una mujer, en una repugnante mujer. Desde mi asiento sentía yo la herida de su mirada perspicaz, que desde el fondo de la iglesia había descubierto mi culpa.

Tras lenta curación, andaba ya sin servirse de ayuda. Florecieron los árboles en el jardín; cayeron sazonados sus frutos; los ciervos de Octubre arrancaron las primeras hojas. Un seminarista nuevo,

Gustavo comprendió y se sonrió. Por timidez de niño cor- to de genio la había saludado sin llamarla por su nombre, y ya lo sentía, y quería hablar con resolución y decir muchas cosas.

—Vengo desde lejos, Francisca. Salí al amanecer y me he llevado á *Famulus* conmigo. Cortaba el aire. Hemos echado por el campo, hemos cruzado el pinar. Está lleno de violetas y el aroma de la resina se mezcla con la fragancia de las flores. ¡Si viera usted! Iremos á caballo un día de estos, cuando usted quiera. Hemos pasado también por el cortijo, al pie de las colinas. El prado está enteramente empapado en rocío. Por todas partes escapaban los conejos. *Famulus* ha cogido uno por el pescuezo, pero se lo hice soltar. Después de una gran vuelta, hemos vuelto á la alameda. *Famulus* la ha conocido á usted de lejos y ha echado á correr para lamerle las manos. Le da usted demasiado azúcar á este viejo goloso. Lo echará usted á perder, Francisca.

Seguía hablando, porque Francisca le escuchaba. De pronto apareció Eva, gritando muy asustada:

—¡Ven pronto, mamá! La abuela se pone mala.

Audieron todos. Encontraron á doña Clara en la cama, víctima de una de aquellas crisis que la hacían temblar de pies á cabeza y le sacudían todos los huesos. No podía hablar. Palidez casi lívida le cubría el rostro. Se le movía rápidamente la barbilla, parecían perdidos los ojos en las órbitas, bajo los párpados medio cerrados. Nada podía hacerse para socorrerla. Había que aguardar que se le pasara. Gustavo quería calentarle con la mano la helada frente y con expresión de temor y tristeza, inclinado sobre la cara descolorida, le echaba el calor del aliento. De cuando en cuando la llamaba bajito, acercando la boca al oído de la enferma. Esta debía de oírle, porque en el amarillento globo del ojo reaparecía entonces el iris hacia el rincón, y luchaba, vano esfuerzo, para sonreír con la convulsiva agitación de los labios. Aun no entraba el sol en la alcoba. Dorada lumbré se quebraba en los cristales cerrados. Poco á poco apaciguóse el temblor de la enferma y abrió ésta dos ó tres veces la boca para aspirar dificultosamente el aire. A medida que el calor la penetraba era menos lívida la palidez del rostro. Dirigió la mirada á la gente que había en su cabecera;

aquel cuerpecito revivía por hereditaria misión algo de su propio sér, lo cual la hacía disfrutar. Levantábale la cabeza á la niña para mirar aquellos ojos puros y profundos, que parecían continuamente maravillados y agrandados, por lo tanto.

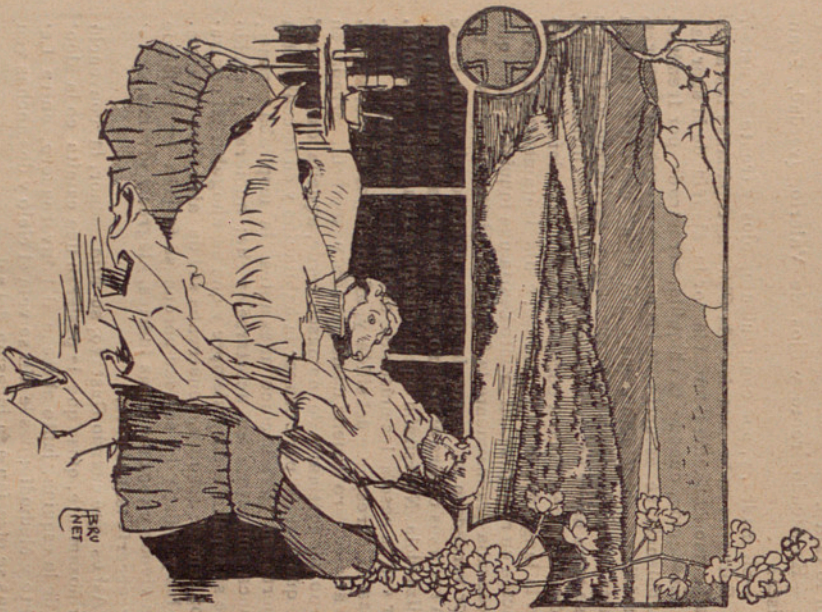
—Ha sacado frente y ojos de Valerio, ¿verdad, Francisca?

—Sí, madre, y, por consiguiente, ojos y frente de usted. Entonces en la cara de doña Clara agrupábanse las arrugas, como radiación iluminada por la alegría de la sonrisa. Enseguida, cuando la chiquilla, arrastrada por frenética turbulencia, se escurría de las caricias y echaba á correr, quedábase estupefacta doña Clara, como cuando en alguna parte del organismo se desvanece una excitación agradable y se teme hacer un movimiento que disipe la última ondulación del placer. Poco á poco el esfuerzo para defenderse contra la languidez se hacía penoso; cedía lentamente la obstinación en resistirse. Al pronto sentía una inquietud vaga que alcanzaba gradualmente la forma del temor; después un terror verdadero, el terror de quien, agotado el valor, se ve sin recursos contra el peligro, se apoderaba de su alma, paralizándola. Necesitaba aquel cuerpo extenderse, no molestar con su peso á los músculos, debilitados; apoyando la cabeza en el respaldo del sillón y, aflojando los miembros, sentía alivio. Pero aquella cama grande y sombría, cerrada en torno por cortinajes de damasco verde, aquella cama enorme que bastaba para ocupar la habitación y en la cual había muerto su marido cinco años antes, la inspiraba espanto. Nunca consentiría en acostarse en ella; hubiérale parecido que se sepultaba para siempre y que se ahogaba. Al contrario; llena de zozobra, conservaba sed de aire libre y de claridad; y odiaba la soledad porque se forjaba la ilusión de que viendo y tocando cosas fuertes, alegres y jóvenes, se rejuvenecería lentamente.

Así es que cuando Gustavo, su hijo menor, la convenció cariñosamente, quiso que le pusieran una camita en la alcoba de la esquina, junto al techo del invernadero, entre Levante y Mediodía; desde allí se veía el cielo y dos anchas ventanas se ofrecían á la invasión del sol.

En cuanto se instaló allí, en cuanto concibió el presenti-

miento de que acaso no volviera á levantarse, el terror se convirtió en una calma singular. Aguardaba y nada más triste que aquella larga espera, aquella lenta consunción de una criatura humana, aquella segura consagración á la muerte.



El cuarto nuevo tenía las paredes lisas y el aspecto de lugar deshabitado hasta entonces. A través de los cristales

II.

A la mañana siguiente Gustavo paseaba, lentamente por la alameda, en compañía de *Famulus*, el perrazo blanco que le seguía con aquel balanceo de balde tan elegante y tan flexible que tienen los galgos. Era una de esas máquinas virginales, de primavera renaciente, en que el campo, al despertar, ostenta la indolencia de un convaleciente. Un resplandor muy claro, como lácteo, circulaba por el verde bajo los árboles y adornaba el sol la masa del follaje con radiaciones doradas y sonrosadas, entre imperceptibles estremecimientos. La tierra añosa de los Abruzzos se enternecía.

Allá abajo, en el fondo de la alameda, entre el verdor profundo de los naranjos, notaba Gustavo una mancha blanca semejante á la de las estatuas en los jardines. Fijó allí la mirada y en aquel momento el perro, como si olfateara una presa, se alejó de un brinco, dando saltos prodigiosos, como antlope á la carrera.

—¡Aquí, *Famulus*, aquí!

Era la voz de Francisca, dentro del bosquecillo. Erguida, esperaba que llegara el galgo, haciendo chasquear los dedos, lanzando al aire la vibrante llamada. Gustavo se le acercó cuando, inclinada ya hacia el perro, le apretaba el agudo hocico entre las acariciadoras manos. Hermosísima en aquel traje de mañana, cuyos opulentos pliegues permitían adivinar la viva flexibilidad del cuerpo, recogida la cabellera y atada en lo más alto de la cabeza, como en algunos retratos de cuando el Imperio, encorvándose hacia el perro, que, echado boca arriba, agitaba las delgadas y nerviosas patas, enseñando el flaco vientre de color de carne.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, Gustavo—respondió enderezándose con viveza.

Estraba levemente colorada por efecto de la postura. Y, mientras le tendía la mano, le miró curiosamente, con entornados ojos, pues, al salir de la cama, había recobrado la hermosa serenidad habitual. Después, cambiando en breves la entonación de la voz, le preguntó:

—¿De dónde viene el señor?

también rubio, bello y exangüe, entronizóse, en mengua de Rey, hasta el puesto de preferido.

Una mañana hallé sobre mi mesa varias limas sutiles, hebras de acero y los barrotes de mi reja casi cortados. Mucho después, cuando ya no recordaba el hallazgo primero, vi sobre mi almohada largos cabellos blondos, y entonces, sospechando, busqué. Bajo la cama, enrollada á los hierros, encontré una escala de seda; entre mis libros, hojas de algunos de Voltaire, Renan y otros autores para mí entonces no conocidos. Aún no me explico la paciente astucia, la taimada malevolencia precisa para introducirse en la celda á pesar de mi vigilancia. Todo fué inútil.

Una tarde recibí orden del rector de bajar al jardín. Asaltado por vago temor, me asomé á la ventana del estudio; vi abajo á todos mis compañeros formados; la nota roja de las becas detonaba alegre en la línea ondulante y adusta. El rector presidía el claustro con inquieta solemnidad. En el suelo proyectábase punzante y trágica la sombra del ciprés. El sol, óptimo alquimista, había trocado en oro los aceros del balaustral. Descendí al fin.

El rector, destacándose del grupo, me preguntó después de mostrarme varios papeles:

—¿Reconoce usted esa letra?

Era mía y dije:

—Sí, señor.

—¿Y esta otra?... Lea... lea usted.

Me torné rojo. Aquella era mi letra y aquello no lo había escrito yo. El rector, implacable, clamó otra vez:

—¿No es esta letra igual que esa?

—Sí, sí, señor; pero...

Dejó en mi mano los papeles y dirigiéndose á mis compañeros, dijo con voz velada por los sollozos:

—Por única vez en los anales de esta santa casa nos vemos precisados á arrojar de ella á un hereje. Celada no es ya vuestro compañero; no merece ser vuestro compañero; ha pecado, y su alma, vendida á los malos espíritus, le dicta ofensas contra Dios... ¡Señor Celada, queda usted expulsado del Seminario!

Y á un fámulo, bajando la voz:

—Puede entregar á ese hombre ropa seglar y recogerle el hábito: lo purificará el fuego.

En la honda quietud vespéral resonaron sus palabras lúgubramente. Los seminaristas lloraban; lloraban los padres, y entre ellos, sin más exaltación, lo mismo que ellos, sollozaba el padre Rosell.

Han transcurrido muchos años. Tengo entre mis manos la cuartilla, amarillenta por el tiempo, plegada en dos dobleces, que forman sobre ella una cruz irrisoria. Es mi misma letra de entonces, desigual, á veces erguida, otras cay-nosa, como víctima de cansancio. Lo escrito en ella expresa así:

“Dijérase que á la divinidad cristiana se llega por el halago de los sentidos y no por el culto de la espiritualidad. Sus plegarias tienen exaltaciones sensuales.—¡Cordero divino, paloma blanca, lirio amoroso!—Ofréndanle sahumerios aromados, luminarias, músicas, y para las ceremonias de sus ritos sus sacerdotes se revisten de una magnificencia: oro, encajes, sedas, tisúes, más á propósito para cautivar á una cortesana que á un sér puramente esencial.”

¿Dónde estará el P. Rosell? ¿Cuál sería el verdadero espíritu de aquel padre que surge ahora entre mis evocaciones, nimbado de incierta y maléfica aureola?... ¡Quién sabe! Leyendo estos renglones, obra suprema del talento y del disimulo, tengo un recuerdo de admiración para aquel sér artero, tenaz como un hombre y felino como una mujer: genio andrógino de la venganza.

Por única vez en mi vida siento deseos de ser plagario. ¡Oh, si no lo supiera nadie! ¡Si tuviese seguridad de que él ya no existe, esta página volteriana, trazada por mano de clérigo, sería la primera de un libro!

ALFONSO HERNÁNDEZ CATÁ.



Canta dichas, canta amores,
y le produce su lira
flores, flores y más flores.



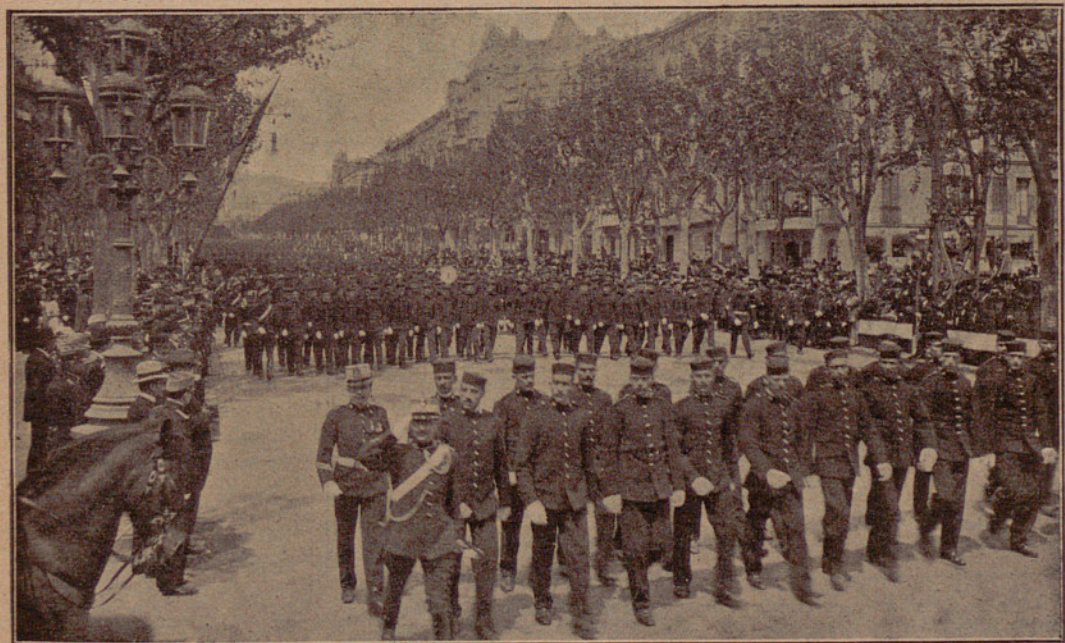
Banquete con que se obsequió en el Mundial Palace al señor Roig y Bergadá, con motivo de su nombramiento de senador vitalicio.



Llegada del ministro de Instrucción Pública, don Amalio Jimeno, al Palacio de Bellas Artes, el día de la inauguración de la VI Exposición Internacional de Arte.



Las autoridades y el cuerpo consular presenciando el acto de la jura de la bandera, en el cruce del Paseo de Gracia con la Gran Vía Diagonal.



Desfile de las tropas después de la jura de la bandera.

EL PRINCIPIO DEL FIN

Se insultan, se pegan,
se hieren, se matan,
de rabia enloquecen,

se mueren de rabia,
los trapos más sucios
al público sacan;



—Estar loco es necesario
para hallarse cual se ve

y pensar el hombre que
debe adquirir otro diario.

verdades escuetas,
verdades amargas
al rostro se arrojan,
insultos se lanzan
y no hay quien contenga
las lenguas airadas;
el jefe supremo
furioso les manda
y no le obedecen,
ninguno se calla,
y todos se agitan,
todos se amenazan
y parecen locos
fuera de la jaula.
Lladó mientras tanto
más firme se agarra
á la presidencia
que movió la zambra;
unos le sujetan
y al asiento le atan,
otros tiran fuerte
y empujan y arrastran
con rabiano encono,
con ira extremada,
y otros, impasibles,
con risueña cara
y ademán tranquilo
miran la batalla
en que se destrozan
y se despedazan
los de la antes junta
Colla de la gana.
El furor aprieta,
arrecian las ansias
y preparan todos
poderosas armas.
Cañones aprestan
y fieros los cargan;
veremos al cabo
si es que los disparan
y si es que á dar tiran
y tiran con bala.
De todas maneras
la *Colla* se acaba
y, venza quien venza,
llegó la hora mala
para el lerrouxismo,
que así se retrata
y firma el destierro
de la gente infausta
que formó la triste
Colla de la gana.

FEDER SPIEGEL.

No quería nada febril, no comprendía ciertas brutalidades del placer. Prefería la comedia placentera de buen gusto, chispeante y bien representada, al gran drama declamatorio. Aquello era la consecuencia de un temperamento equilibrado y también de una educación artística poco común. Porque, en la mujer sana, el gusto sano del arte engendra al fin y al cabo una especie de amable escepticismo y de alegre inconstancia que las defiende contra la pasión.

Durante poco más de veinte años Gustavo había vivido casi siempre en el campo, junto á doña Clara, oscuramente, sin otro cariño que á los fogosos caballos y al enorme galgo blanco heredado de su padre. Su ingenio estaba sin cultivar, su carácter era irresoluto, cruzado á veces por vagas melancolías, sacudido por imprevistas tormentas. Las ásperas efervescencias sofocadas de la pubertad se rebelaban de nuevo en él á veces con vital tenacidad, semejante á la de las raíces de la grama que levantan en la tierra. De modo que cuando brotó la chispa, cuantas fuerzas latentes existían en él se desencadenaron con insólita violencia. Por la noche, enorme angustia lo abrumó con todo su peso, angustia con que el remordimiento afluía ya su cuchilla, con que alborreaba sombrío presentimiento de desgracias, mientras se erguían mil fantasmas que, agitando, le perseguían sin cesar. Parecía que se ahogaba; oía los latidos de su corazón llenar el cuarto y resonar en aquel estrépito algún llamamiento: el de su madre. ¿No le habría llamado, en efecto, desde la cercana alcoba? ¿No le habría oído padecer? Medio se incorporó entre la tiniebla y aguzó el oído, sin distinguir ningún sonido en aquel zumbir. Para asegurarse encendió luz, abrió la puerta y se acercó á la cama de la enferma. Esta, molestada por la claridad, se volvió hacia la pared.

—¿Qué quieres, Gustavo?

—¿No me has llamado?

—No, hijo.

—Me pareció haber oído...

—No. Vete á dormir, hijo mío.

de una ventana se veía el límite extremo de una llanura y la línea sombría de las colinas, y detrás de éstas resaltaba en el cielo el perfil de Montecorno, suave figura de diosa echada, que, debajo de la nieve, parece enorme estatua de mármol tumbada á lo largo de los Abruzzos, protectora de la patria antigua que los marinos de la costa saludan con amorosa efusión, como en otro tiempo los marineros del Pireo saludaban la lanza de Palas Atenea. Debajo de la otra ventana, una bien alineada hilera de naranjos se calentaba á los rayos solares.

Pasaban los días. Valerio, ausente, no volvería en dos ó tres meses. Desde la cama de la enferma propagábase el silencio por toda la casa; había aquello de ahogar ó debilitar todos los ruidos y todas las voces que se hacen alrededor de los enfermos para no turbar su descanso. El médico, hombrecillo de cara completamente afeitada, casi reluciente, iba todas las tardes á la misma hora, un poco antes de ponerse el sol. Invadía el cuarto la sombra poco á poco, cortada á veces por la última claridad que entraba por la ventana del medio y rozaba la cama. Un criado traía un quinqué cubierto con gran pantalla verde. Cuando se iba el médico se quedaban en el cuarto Gustavo y Francisca, sentados junto á la cama, silenciosos, entristecidos por aquella luz igual, atentos á las debilitadas voces que llegaban hasta ellos desde la campestre lontananza. Eva, inclinando la cabeza bajo el peso del sueño, inundaba las rodillas maternas con una oleada rubia á través de la cual se notaba el aliento sin ver la boca. Y sobre las inmóviles rodillas formaba aquella cabellera palpitante y sedosa masa.

—Tócalo—dijo un día Francisca á su cuñado acariciando aquel pelo con la complacencia de una madre feliz.

Sin moverse de la silla, Gustavo se acercó inclinando el cuerpo y sumergió ligeramente los dedos. En aquel ademán tropezaron fugazmente sus manos y las de Francisca. Ambos, al sentir el contacto, las retiraron instintivamente. Después se miraron con la sorprendente curiosidad de quienes acaban de descubrir casualmente una cosa imprevista y oculta hasta entonces. Antes ni uno ni otro sospechaban que de aquella proximidad de epidermis pudiera brotar una chispa. Miraron á un tiempo á la anciana. Doña Clara tenía los

ojos cerrados y debía de estar durmiendo. Permanecieron algún tiempo escuchando aquella respiración algo ronca, que parecía agravada entre el silencio.

—¡Ay, mamá!—murmuró la voz de Eva, cuya carita surgió de entre la cabellera, mohina, con la huraña confusión del primer despertar.

II.

Nació entonces en aquellas dos naturalezas tan diferentes extraño sentimiento, mezcla de pesar y temor, en cuyo fondo se movían con vaguedad las concupiscencias. Así como en sueños, cuando desde las internas regiones donde duermen los fantasmas de las sensaciones pasadas y los restos de olvidadas imágenes, empujezan á brotar confusas visiones, así como en una agua reposada y limpia un choque cualquiera hace subir á la superficie sedimentos de antiguo acumulados. Entonces algunas particularidades anteriores reaparecieron en su memoria bajo nueva forma y adquirieron significado desconocido en su origen, aspectos que al principio no habían presentado.

Francisca había poco más de un mes que había llegado á casa de su suegra para vivir allí durante la ausencia de su marido. Los siete años de matrimonio los había pasado casi enteros en Nápoles con Valerio. Recordaba que el día de su llegada, después de haber besado á doña Clara, presentó la frente á Gustavo y éste la besó, ruborizándose, con cierta hosquedad de ermitaño. Después, una mañana, sentada con Gustavo á la sombra de los naranjos, mientras éste le leía una trágica aventura de amor, sonriéndose ella y descubriendo al sonreír la sonrosada encaja superior, había empezado á recitar:

Solos los dos y sin sospecha alguna..

sólo por broma, riéndose con perfecta tranquilidad, y la risa daba más delicada expresión á su rostro, al puro óvalo de miniatura india en que la hendidura de los ojos se alzaba levemente hacia las sienes, y las cejas, tal vez demasiado arqueadas y separadas de los párpados, imprimían á la hermosa singular aspecto infantil.

Otra mañana, Eva, acometida por una de sus acostumbra-

das embriagueces turbulentas, quiso que Gustavo la llevara por la alameda á cuestras, corriendo por entre los árboles, que empezaban á echar hierbas, y en cuanto vió á su madre asaltóla nuevo capricho: se empeñó en que Francisca entazara sus manos con las de Gustavo y se sentó en la silla de la reina, rodeando con sus brazos los cuellos de ambos y dándole agudos chillidos en las orejas.

Todos aquellos hechos insignificantes y otros más se le representaban á Francisca en la memoria modificados y avivados. Aquella noche, después de la primera turbación y la primera resistencia á las tentaciones de malos deseos, halagada por el sutil perfume de cosa prohibida que subía desde el fondo de todo aquello para irritar su sensibilidad juvenil y mujeril, se dejó deslizar poco á poco por la pendiente. Y, en el momento de ceder al sueño, en aquel minuto en que la actividad de la conciencia se debilita al aflojarse los nervios y no puede dirigir ni moderar los arranques de la imaginación, cierta languidez la hizo resbalar con el deseo cuesta abajo, hacia el dulce pecado de la hija de Guido.

Además no habría sido aquel el primer pecado de Francisca. Había llegado en el matrimonio al punto inevitable en que sucumben la mayor parte de las mujeres, por todas las festivas razones que expone el médico Rondibilis al buen Panurgo. Ya había pasado ligeramente por dos ó tres amores, sin dejar más huella de su paso que una irradiación de juventud, y prosiguió su camino sin herida. Era una naturaleza fementil cuya movilidad de espíritu y facilidad de sensaciones súbitas la libran de la pasión, naturaleza que odia el padecimiento por la misma virtud íntima que preserva á los metales nobles contra la corrosión de los óxidos. Empleaba en el amor una sensualidad delicada y casi ingenuamente curiosa, y esta misma curiosidad daba singularidad á su carácter de enamorada. Cuando los hombres—dos ó tres—extendieron á sus pies la vulgar elocuencia de su corazón, los miró con sus hermosos ojos rasgados atentamente, no sin ciertos barruntos de ironía, pareciendo escuchar, por si algún día daban casualmente con un acento nuevo, con una nueva expresión. En seguida sonrió y cedió, ó mejor dicho, se otorgó con una especie de descuidada condescendencia. La ofendían los grandes arranques y los grandes ardores.



La *Colla de la gana* se opuso á que se celebrara sesión de Ayuntamiento el día 1.º de Mayo; quería solemnizar la Fiesta del Trabajo.

¿Qué les parecen á ustedes los pujitos de laboriosos de los famélicos ediles?

Que el obrero y el empleado que pasan el año laborando solemnicen la Fiesta del Trabajo, estatuida por el socialismo internacional, es cosa no ya aceptable, sino digna de aplauso.

Pero que la *Co a de la gana* que trabaja... solamente contra los bolsillos de los barceloneses quiera solemnizar el día 1.º de Mayo resulta una irrisión.

De solemnizar alguna cosa había de ser la candidez de sus electores, que les llevaron al Consistorio para que resolvieran el problema del cocido.

Tienen esos de la *Colla*
un cinismo extraordinario.
Miren que *solemnizar*
una fiesta del trabajo
¡cuando los vivos se pasan
en continua fiesta el año!...

El gobernador civil está apesadumbrado. La alegría que le había hecho sentir el esperado resurgimiento del partido liberal la han matado de un solo golpe los *cacos*, robándole dos mil pesetas.

Y la cosa no es para menos. En lo sucesivo ¿qué garantía veremos en la primera autoridad civil de la provincia los modestos ciudadanos barceloneses? ¿Cómo no han de atreverse los *cacos* con nosotros si se atreven con el gobernador?

Y menos mal que se han conformado con robarle dos mil pesetas y no le han hurtado ni los pelos del bigote ni los botones de la camisa... ¡Miren que si se o proponen!...

No te quejes si te quitan
la cartera ó el reloj.
que aquí en Barcelona roban
al mismo gobernador.

Leo:

"En el rápido de Madrid llegaron á esta ciudad, procedentes de Bilbao, don José María de Urquijo y demás individuos de la Junta de la sexta peregrinación á Tierra Santa, que saldrá de este puerto el próximo viernes, día 5."

Si, si, que peregrineen
y que á Tierra Santa vayan;
pero que no vuelvan más;
¡que no vengan más á España!

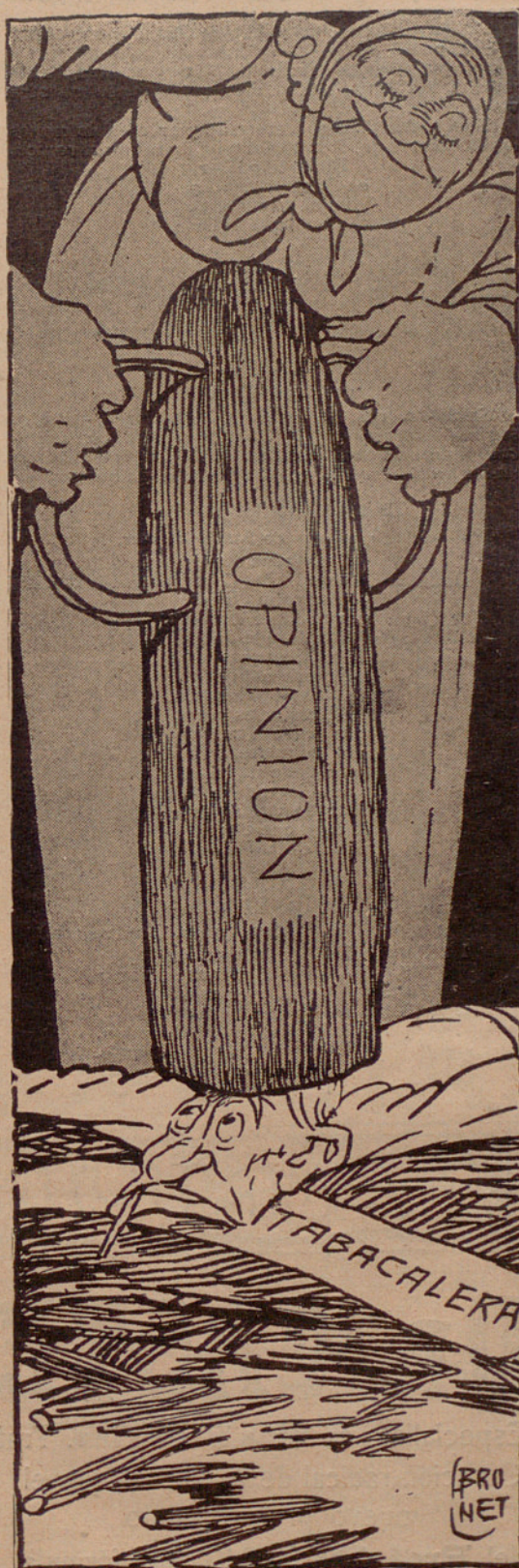
Algunos señores obispos prohíben que se permita entrar en las iglesias á las señoras que llevan faldapantalón.

¡Bien hecho, caramba, bien hecho!
Porque esos señores míos
tienen muy buenas razones
para decir: ¡Pantalones,
no hay aquí más que los míos!
Yo les aplaudo sin guasa
y hasta á apoyarlos me obligo,
pues dicen lo que yo digo
refiriéndome á mi casa.

El banquete celebrado el pasado sábado en el Mundial Palace en honor de Roig y Bergadá no tenía de homenaje más que el nombre. Era sencillamente un cariñoso pretexto para el atar del próximo resurgimiento de partido liberal barcelonés.

¡Parece mentira que haya en el mundo tanto iluso!

Cualquiera que oyese á los señores que hablaron á los postres de la comida creería que, efectivamente, en Barcelona no podíamos vivir sin partido libe-



Machacar en hierro frío.

ral monárquico y que las gentes rabiaban por pertenecer á ese partido en cenizas...

¡No hay efectos de óptica como los producidos por el champañal!

Cuando se han agotado un par de copitas los objetos y las personas se multiplican ante nuestra vista.

Y en cada comensal creían ver diez lo menos los directores del difunto partido liberal monárquico.

El partido liberal
en Barcelona murió
y ya no lo resucita
ni Canalejas ni Dics.

ROMPECABEZAS

CHARADA RÁPIDA

de Narciso Perbellini.

Sexta-tercera segunda-tercera-cuarta-quinta,
segunda tercera-sexta, cuarta primera segunda-
cuarta-quinta quinta-cuarta-sexta, segunda prime-
ra-segunda-tercera-cuarta-quinta-sexta que soy.

CHARADAS

de Paulino Mainar.

Casi todos días
prima Irene al baile
con su primo Elías
por apodo *El Fraile*.

Hoy éste le dijo
á la chica: *tres*
baila con el hijo
de mi amigo Andrés.

De bailar es hora,
más, cosa fatal,
á la bailadora
le ha dado un *total*.

Si el lector tras esta
charada va en pos,
le digo que cierta
vocal es la *dos*.

LOGOGRIFO

de Emilio Eroles,
(Dedicado al Sr. Llambregada.)

- | | | |
|-----------------|---|------------------|
| 1 2 3 4 5 6 7 8 | = | Animal. |
| 1 2 3 6 2 4 6 | = | Nombre de varón. |
| 7 4 5 6 3 6 | = | Profesión. |
| 5 1 3 6 2 | = | Mineral. |
| 7 4 3 6 | = | Parte del mundo. |
| 7 4 8 | = | " " cuerpo. |
| 3 8 | = | Consonante. |
| 1 | = | Vocal. |

Rompecabezas con premio de libros.



Esta joven se ha dejado olvidado en su casa un objeto que ahora le sería de suma utilidad. ¿Cuál es? Exprésase combinando tres vocales con seis consonantes.

SOLUCIONES

(Correspondientes á los quebraderos de cabeza de 22 de Abril.)

AL LOGOGRIFO NUMÉRICO

Carlos.

Han remitido soluciones. — Al logogrifo numérico: María Balasch, Jaime Caritg, Facundo Casanovas Bosch, J. Trullás, J. Sistachs, Mariano Llorens, Pedro Torres y Miguel Sors.

ANUNCIOS

Dr. CASTELLARNAU

Especialista en **Vías Urinarias**. Tratamientos modernos de efectos rápidos.

Curación radical de la avariosis por el
nuevo procedimiento

del **Prof. EHRLICH**, fórmula

Consulta de 11 á 1 y de 5 á 8. — **RAMBLA DEL CENTRO, 11, pral.**

606

PIDASE PARA CURAR LAS ENFERMEDADES NERVIOSAS ELIXIR POLIBROMURADO AMARGOS

QUE CALMA, REGULARIZA Y FORTIFICA LOS NERVIOS
UNIVERSALMENTE RECOMENDADO POR LOS MÉDICOS MÁS EMINENTES

Su acción es rápida y maravillosa en la EPILEPSIA (mal de Sant Pau), COREA (baile de San Vito),
HISTERISMO, INSOMNIO, CONVULSIONES, VERTIGOS, JAQUECA (migraña),
COQUELUCHE (catarro de los niños), PALPITACIONES DEL CORAZON, TEMBLORES, DELIRIO,
DESVANECIMIENTOS, PERDIDA DE LA MEMORIA, AGITACION NOCTURNA
y toda clase de Accidentes nerviosos.

Farmacia del Dr. **AMARGÓS**, PLAZA DE SANTA ANA, 9.

EL TORMENTO

EN LOS

CONVENTOS

~~~~~ POR ~~~~~

FRAY GERUNDIO

Un tomo de 220 páginas, 1 peseta. Se vende en el kiosco *Blanco y Negro*, Rambla de las Flores, frente á la calle Hospital. Por 1'25 se remite certificado á provincias.



# LA COSMOPOLITA

EMPRESA DE POMPAS FÚNEBRES

FUNERARIA DEL SAGRADO CORAZÓN

ESPECIALIDAD EN ATAÚDES DE LUJO

ANTONIO QUINTILLA

S. en C.



RONDA UNIVERSIDAD · 31

(TELÉFONO 2480)

SUCURSAL: ARIBAU · 17 (TELÉFONO 2490)

· BARCELONA





¿Tomará, á la conclusión,  
ese caído el del morrión?  
No lo sé, pero es lo cierto  
que es poca alimentación  
para reanimar á un muerto.